

Un éxito verdad

de la temporada lo constituirá

**El
prisionero
de Zenda**

magistral creación de los artistas
mimados ALICE TERRY, RAMÓN
NAVARRO, BÁRBARA-LA-MARR,
LEWIS STONE, MALCOLM MAC-
GREGOR, entre otros,

cuyo maravilloso asunto lo publica

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

en el tercer libro de

Los Grandes Films

¡ÉXITO INCREIBLE!

Precio popular: 1 peseta

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

N.º 82

25 cts.



LA
PELÍCULA
SIN TÍTULO

por María
Mindszenty
y Ernst Rukert

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción \ Gran Via Layetana, 17
Administración \ Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 82

La película sin título

por los artistas alemanes

MARIA MINDSZENTY (*Adda Ferrón*) y

ERNST RUCKERT (*Andrés de Poutra*)

EXCLUSIVA DE E. GONZÁLEZ - MADRID

Concesionarios para Cataluña y Baleares:
INTERNACIONAL FILMS - Valencia, 278, pral. - BARCELONA

Argumento de la película de dicho título

(Con esta novela se regala la postal-fotografía de)

TOM MOORE

I

El pequeño reino de Sagossa estaba regido por un príncipe, Alejandro II, monarca de carácter bondadoso, sencillas costumbres y gran afabilidad; pero ajeno en absoluto a los menesteres del gobierno y a las necesidades de sus súbditos. Dos virtudes adornaban al Príncipe: la de ser un fiel marido y un excelente padre de familia, y, contrastando con estas virtudes, tenía dos vicios: una indiferencia censurable por el bienestar de su pueblo y una absurda monomanía coleccionista.

Célebre era en todo el mundo la magnífica colección de elefantes que el Príncipe Alejandro había logrado reunir. En los salones de palacio, sobre airosos pedestales, alzábanse trabajos inúmeros reproduciendo en hueso, marfil, oro, laca y bronce la figura pesada del elefante.

Entre los servidores del Príncipe ninguno más fiel que su ayudante el Conde Andrés de Poutra.



Célebre era en todo el mundo la magnífica colección de elefantes...

Una mañana, al tiempo que Alejandro II se recreaba admirando su colección, se le acercó el Conde Andrés.

—Señor...

El Príncipe lo interrumpió. Señalándole un elefante que tenía en la mano, le dijo:

—Fíjate, Andrés; en toda mi colección no hallarás un ejemplar como este. Es de alabastro.

—Perdonadme, Alteza... Hace dos horas que los ministros, reunidos en Consejo, os esperan.

Alejandro II hizo un gesto de franco desagrado y después de vacilar un instante, dirigióse a la sala del Consejo.

En las habitaciones interiores de palacio, feliz con el cariño de su esposo y con las gracias de sus hijos, vivía la Princesa consorte. Ella tampoco se daba cuenta del gravísimo malestar que reinaba en el pueblo. Precisamente en aquellos instantes, los ministros exponían al Príncipe la situación crítica de la hacienda y del país.

Fué para Alejandro II una sorpresa muy desagradable oír la relación que sus consejeros le hacían acerca de las dificultades del momento.

—Alteza—habló el ministro de Hacienda—, vuestro interés y el nuestro nos obligan a hablar alto y claro. ¡Alteza! La situación del Erario no puede ser más apurada...

El Príncipe dudó de lo que oía y repuso:

—Mis queridos amigos, veis el porvenir demasiado sombrío... No hay que apurarse.

Bruscamente entró en la Sala del Consejo un servidor de palacio, que se aproximó al Príncipe:

—Señor, el elefante japonés que esperábais, acaba de llegar.

Alejandro de Sagossa ante aquella noticia, que halagaba sus aficiones, abandonó a los ministros, corriendo a los balcones de la fachada central de su residencia para ver llegar aquella obra de arte, salida de las hábiles manos de un artífice de Yokohama.

Todos los habitantes de la ciudad habían dejado sus casas para presenciar el paso del gigantesco elefante.

La prodigalidad del Príncipe invirtiendo en la satisfacción de sus caprichos enormes cantidades, irritaba cada día más a los sagossanos, que ya no se recataban de censurar en voz alta esta conducta.

—El pueblo se halla hambriento—decían—y el Príncipe derrocha el dinero de esta manera...

Y las protestas iban haciéndose cada vez más frecuentes y amenazadoras.

La actitud francamente subversiva del pueblo determinó al Consejo de Síndicos de la capital a concluir con el gobierno del Príncipe.

—Nadie puede dudar de nuestra lealtad al Príncipe. Sin embargo, nos vemos en la necesidad de proceder contra él...

Los sagossanos esperaban en las proximidades de las Casas municipales el resultado de las deliberaciones.

—El Consejo ha decidido—dijo el Presidente—aconsejar al Príncipe que se ausente durante un año, permaneciendo alejado en ese tiempo de la gestión de los negocios públicos.

El rumor de estos acuerdos excitó aún más de que lo estaba al pueblo, y al grito de «¡A Palacio!», los sagossanos amotinados corrieron hacia la residencia de Alejandro II.

Uno de los servidores palaciegos previno al Príncipe de lo que sucedía:

—¡Señor, ha estallado la Revolución!

El asombro paralizó un instante a Su Alteza.

—¡Huyamos, Alejandro!—le pidió su esposa.

—Pero ¿a dónde huiremos?

El Conde Andrés acercóse a los desolados príncipes.

—Permitidme, Señor, que en estos momentos os ofrezca como refugio la casa de mi madre... Allí nadie irá a buscaros.

La emoción y la gratitud pusieron el temblor de una ágrima en los ojos de la Princesa.

—Gracias, amigo mío.

Sin perder un instante, la familia real partió con el Conde en un «auto», llegando poco más tarde a la casa de la madre de Andrés.

Mientras tanto los amotinados habían invadido el palacio. Dos oficiales habíanseles adelantado queriendo salvar a su señor.

—Venimos a hablar con el Príncipe... Necesitamos verlo inmediatamente.

—Su Alteza ha huido—les contestó su criado.

La madre del Conde prestó a los infortunados príncipes una acogida afable. Y aquella noche, los monarcas de Sagossa tuvieron que olvidar las muelles comodidades de su residencia, sometiéndose a las duras leyes de la necesidad.

*

**

Al día siguiente de estos sucesos, Jacobo Einstein, famoso arbitrista, llamó a las puertas de palacio, dispuesto a llevar a la práctica el proyecto singular que había concebido para salvar a los príncipes.

Abrióle un subalterno, que se opuso a que pasara. Einstein logró vencer la resistencia y pasó al interior de la residencia real, siendo recibido por todos los criados del Príncipe, que dormitaban esperando el regreso de su señor.

—No pongan ustedes esas caras de susto...—dijo—, Yo soy un hombre pacífico. Les aseguro que poseo la clave de lo que pasa.

Estas palabras convencieron a los que dudaban, y de labios de un ayuda de cámara, Jacobo oyó lo que quería saber:

—Pues id a la casa del Conde Andrés de Poutra. Allá encontraréis al Príncipe.

Instantes después, sobre la marcha, Einstein exponía a Alejandro II sus planes salvadores.

—Mi idea, Alteza, como vos mismo juzgaréis, es la única que puede devolveros el cariño de vuestros súbditos—comenzó diciendo el arbitrista—. Se trata de que vuestro hermano, el Príncipe Miguel, se case con una mujer rica y que aporte la dote al Tesoro—añadió Einstein.

Alejandro II sonrió complacido.

—Conozco una muchacha, Adda Ferrón, hija del rey de la alfalfa, Augusto Ferrón, que convendría a nuestros planes—prosiguió Jacobo.

El Príncipe no le dejó continuar.

—Admiro vuestro talento—le dijo—; pero para que nuestro proyecto pudiera realizarse sería necesario que yo conociese el paradero de mi hermano, del que no he vuelto a tener noticias desde su última expedición a las regiones árticas.

Esta vez le tocó sonreír a Einstein, quien, lleno de vanidad por su perspicacia, replicó:

—Tenía previsto lo que acabáis de decirme, y antes de venir a veros he averiguado donde se encuentra el Príncipe Miguel, e incluso me atreví a redactar el telegrama que, a mi juicio, debe enviársele.

Y Einstein extrayendo un papel, leyó en voz alta:

«*París.—Príncipe Miguel de Sagossa.*

»*Patria en peligro necesita tu concurso.*

Alejandro».

El multimillonario al que Einstein había aludido, vivía cerca de Sagossa en un magnífico palacio con su hija Adda. Era Augusto Ferrón un hombre rollizo y lúcido, que tenía puestas todas sus esperanzas en conse-

guir para sus muchos millones el prestigio de la aristocracia mediante el matrimonio de su hija. El estaba dispuesto a dorar con su oro los blasones de un verdadero príncipe. De ahí que rechazase las pretensiones de todos los títulos de menor cuantía que venían a él con el propósito de obtener la mano y la dote de Adda.

—Lo siento, Conde, pero me he propuesto ser el suegro de un príncipe auténtico—dijo en cierta ocasión a uno de los muchos pretendientes de su hija.

Adda Ferrón no pensaba lo mismo que su padre, y cuando su señorita de compañía, que había oído exponer al Conde su petición, le dijo:

—¿Sabes que el Conde, galán joven en los días de Tutankamen, ha pedido tu mano?

Ella, con voz triste, contestó:

—Lo siento por él... Yo sólo querré al hombre que se case conmigo y no con mi dinero.

La hija del multimillonario ignoraba que en aquella hora, entre el Príncipe de Sagossa y Jacobo Einstein comenzaba a tramarse un proyecto contra sus ilusiones.

El Príncipe Miguel había respondido a su hermano diciéndole que estaba dispuesto a todos los sacrificios por salvar a su patria.

—Ahora, Alteza—dijo el arbitrista—, pongamos en práctica nuestro plan.

—Antes de hacer venir a mi hermano—repuso Alejandro—conviene realizar algunas indagaciones para ver las posibilidades de éxito con que cuenta nuestro proyecto.

—Adda Ferrón debe partir hoy para Santo Tomás—replicó Einstein.

—Pues procurad conocerla y luego resolveremos.

—Si me lo permitís, llevaré conmigo al Conde. El,

ostentando vuestra representación, puede insinuarse en el ánimo de la joven.

En la estación invernal de Santo Tomás, la presencia de la hija del rey de la alfalfa, atrajo de todas las partes del mundo a muchos pollos *bien*, con el *alquila* de su corazón levantado.

Temiendo el acoso de tantos pretendientes, Adda había convenido con su señorita de compañía que la suplantase evitándole así las impertinencias de los adoradores y lanzándolos sobre su servidora.

La estratagema tuvo éxito, y mientras la señorita de compañía de Adda era el blanco de las admiraciones y de las galanterías, la hija del multimillonario fingía su humilde condición.

Einstein y el Conde habían llegado a Santo Tomás, y en la noche de aquel día, a la hora de la cena, en el Gran Hotel, Jacobo señaló a su compañero la hija de Ferrón:

—Mírala, es ella. Rica dos veces, por su dinero y por su belleza.

El Conde puso sus ojos en la mujer que le indicaba Einstein, los dejó resbalar sin entusiasmo y de pronto miró fijamente, con una alegría súbita; y los ojos de Adda se encontraron con los de Andrés.

—¿Qué, te gusta la hija de Ferrón?—le preguntó Einstein.

—Me gusta más su señorita de compañía.

Se acercaron a la mesa de las jóvenes, y mientras Jacobo hablaba con la que suponía dueña de la inmensa fortuna del rey de la alfalfa, Andrés entregóse a la delicia de oír la voz de aquella mujercita que le hacía gustar el encanto de una ilusión sentimental.

Horas después ni Adda ni el Conde lograban conciliar el sueño.

—¿Te acuerdas del Conde Andrés?—preguntó Adda a su señorita de compañía.

—Bueno ¿y qué?

—Pues bien, pienso en él y no me puedo dormir. Al Conde le sucedía algo semejante.

—Pero ¿qué hace usted? ¿Por qué no se acuesta?—le dijo Einstein.

—¿Se acuerda usted de la señorita de compañía de Adda Ferrón?

—Sí, ya lo creo... Se lió usted a hablar con ella y creí que no paraban.

—Pues bien, pienso en ella y no me puedo dormir. Einstein sonrió, rascóse la frente, volvió a sonreír y dijo:

—¿Es que se ha enamorado usted?

Andrés no contestó. Luego cogiendo de un brazo al arbitrista, hablóle en voz baja:

—Oígame, Jacobo... Vuélvase usted a Sagossa. Yo me quedo.

—¡Eso no es posible! ¿Qué diría el Príncipe?

—No se preocupe... Le seguiré a usted muy pronto. Y Einstein, sonriendo con indulgencia, accedió a los deseos del Conde Andrés.

**

II

Después de aquella noche de insomnio, en las primeras horas de la mañana el Conde y la hija del rey de la alfalfa se encontraron en el hall del Hotel.

La señorita de compañía de Adda, haciendo el papel de rica heredera, aceptaba el homenaje de todos los que esperaban hacerse querer de ella y de sus millones.

—Mañana—le dijo un joven—celebraremos la fiesta del «Club Deportivo» y quisiéramos que usted nos honrase presidiéndola.

—Encantada. Seré su presidenta.

Adda, sin cuidarse de las gentilezas con que obsequiaban a su servidora, oía a Andrés, quien turbado y con los ojos encendidos de pasión, le decía palabras de dulce sentido.

Al mismo tiempo, en Sagossa, a donde acababa de llegar Einstein, Augusto Ferrón accedía a conceder la mano de su hija al Príncipe Miguel, firmando con el representante de Alejandro II el contrato de esponsales.

—Asunto concluído—dijo Einstein—. El Príncipe llegará en la próxima semana.

Al fin Ferrón veía realizarse sus sueños. El rey de la alfalfa creía que su voluntad no hallaría obstáculos en la voluntad de Adda, que entonces, allá en Santo Tomás, se apenaba oyendo que Andrés le decía:

—Tengo que anunciarle algo muy triste para mi...

Adda alzó sus ojos en los que lucía el temor.

—Hoy mismo debo volver a Sagossa—añadió Andrés.

—¿Y no asistirá usted a la fiesta de esta noche?

—No puedo... ¡Si pudiese!

Adda se inquietó.

—¿Por qué no ha de poder? No se vaya... Quédese...

Sus manos se enlazaron con las del Conde, que vaciló cerca de la joven que despertaba su alma a las alegrías amorosas.

—Yo se lo pido—insistió ella.

Andrés no supo oponerse al ruego de Adda.

—Pues bien, me quedaré.

Y en este instante entre los dos nació un pacto de adhesión recíproca, albor de una pasión que daba a la hija del multimillonario el placer de sentirse amada por ella misma.

En Sagossa, mientras tanto, el rey de la alfalfa y Ja-

cobo Einstein, precisaban los detalles del matrimonio que debían unir a Adda y al Príncipe Miguel.

En la mesa de su despacho, Ferrón tenía un retrato de su hija. Einstein lo vió y dijo:

—¡Qué cosa más extraña!

El arbitrista cogió la fotografía y comenzó a reír maliciosamente.

—Me parecería más lógico que tuvieseis en vuestra mesa el retrato de vuestra hija y no el de una señorita de compañía.

Ferrón miró con asombro a Einstein.

—¡Pero si es de ella, de mi hija, ese retrato!—exclamó.

—¿Qué decís?... Entonces en Santo Tomás... Vamos, pronto. ¡Vamos en seguida!

En pocas palabras Jacobo explicó al multimillonario lo que sucedía.

—Yo no sé por qué su hija hace de señorita de compañía y su señorita de compañía de hija de usted... ¡Qué lío! Y Andrés a estas horas haciéndole el amor... ¡Espantoso!

Partieron en «auto». En Santo Tomás se celebraba a la misma hora la fiesta que había organizado el «Club Deportivo».

La fiesta alcanzaba toda su magnificencia cuando llegaron. Adda y Andrés, juntos, se hacían sus primeras promesas. Ferrón vió a su hija en el instante en que el Conde unía sus labios con los de ella.

—¡Quieto, granuja! ¡Deténgase!... ¡Adda!—gritó Ferrón.

Einstein acercóse al Conde.

—¡Desgraciado!—le dijo— ¿Qué ha hecho usted? ¡Besar a la prometida del Príncipe! ¡Es un delito de alta traición!

El Conde sintió cómo el dolor atenazaba su garganta y guardó un silencio sombrío, mientras Adda, herida por la brusquedad de su padre, que la había cogido de un brazo sacudiéndola, volvióse a mirar al hombre que supo llegar hasta ella por los caminos del corazón.

*
*
*

La madre de Andrés advirtió la tristeza de su hijo, a quien el sentimiento del deber y su fidelidad a la casa reinante de Sagossa, obligaban a renunciar a Adda, aunque no pudiese dejar de amarla.

—Andrés, hijo mío, ¿qué tienes?

Desde su regreso de Santo Tomás, el Conde vivía encerrado en un mutismo hosco, a solas consigo mismo, rumiando su pena.

Y el ayudante de Alejandro II, necesitado de consuelo, contó a su madre su triste aventura con la prometida del hermano de su señor.

—Ahora comprenderás, mi querida mamá—concluyó el Conde—la causa de mi pena... Por salvar a mi Patria debo sacrificar mis mejores ilusiones.

También Adda sufría viendo como su padre se negaba a complacerla en sus deseos.

—Yo le quiero, papá... Es el único hombre que supo venir a mí sin pensar antes en mi dinero.

Ferrón alzóse de hombros.

—¡Qué tonterías dices, hija mía!

—Pero papá...

—¡Cállate! Te he encontrado un príncipe, nada menos que un príncipe, y tú me vienes ahora con que amas a un vulgar Conde. ¡Hay como para partirse de risa... cuando no para indignarse y darte unos azotes!

Los planes de Jacobo Einstein ibanse acercando a su desenlace. Pero el arbitrista no había contado con los obstáculos que podían oponerse a su empresa y que en-

tonces se fraguaban en el Principal-Palace, a donde el día antes habían llegado unos desconocidos.

En una de las habitaciones del hotel, una mujer de maneras distinguidas y un caballero de porte elegante hablaban de un personaje misterioso.

—Sí, llegó ayer; es un hombre extraordinario — dijo ella.

—Sin embargo, me parece demasiado atrevido su plan... aun cuando sé que para él no hay dificultades invencibles.

—De él todo se puede esperar... Ha acometido empresas más arriesgadas y siempre con éxito.

¿Quién era él?

Andrés, que se había entregado a la pasión del juego deseando aturdirse y olvidar su funesto amor, lo tenía delante de sí, en la sala de juego de un Círculo de Sagossa.

Era un hombre de mirada fría y seca, de ademanes seguros y de palabra concisa. Con gestos rotundos tallaba haciendo de banquero, sin que en su rostro se delatase emoción alguna. El conde había perdido todo su dinero y seguía jugando bajo su palabra. Llegó un instante en que, después de comprometerse por una suma elevadísima, se levantó de la mesa de juego.

—Señores, hasta mañana—dijo titubeando—. Mi palabra queda en prenda por las cantidades que he perdido.

Salió. Su paso vacilaba. Se detuvo con el pensamiento enloquecido. Un hombre—él—se le aproximó.

—Ha jugado usted como un loco, perdiendo una fortuna que no tiene... Mañana, lo mismo que hoy, no podrá pagar usted y entonces tendrá que pegarse un tiro —le dijo.

Andrés estremeci6se comprendiendo la horrible verdad de aquellas palabras.

—Acompañeme... Quiero hablarle.

La voz imperiosa de *él* le impulsó a seguirlo. Subieron al Principal-Palace. *El* llamó a una puerta. Entraron en una salita y tomaron asiento frente a frente.

—He aquí la disyuntiva que se le presenta: o pagar, cosa que usted no puede hacer porque no es rico, o pegarse un tiro... Yo, sin embargo quiero salvarle...

Andrés miró al personaje misterioso con toda su esperanza.

—... con una condición—añadió él—. Sé que mañana debe acompañar al Príncipe a casa de su prometida... ¡Necesito hacer ese viaje con usted! Si me da su palabra de honor de guardar silencio sobre todo lo que vea en ese viaje, le perdono la deuda y quedaremos en paz.

A la puerta de la sala, hallábanse unos cuantos desconocidos, compañeros de *él*, que avizoraban mirando por el ojo de una cerradura.

—El Conde está desesperado—dijo uno de ellos a los demás—y *él* es hombre que sabe aprovecharse de las circunstancias.

El había puesto sobre una mesa el recibo de la deuda de Andrés y un revólver.

—Elija entre romper el recibo en que reconoce su deuda, caso de hallarse conforme con mi proposición, o de lo contrario...

Y su mano señaló el arma.

—Le doy cinco minutos para que lo piense.

Andrés se quedó solo. Puesto a elegir entre la muerte y la infamia de una complicidad vergonzosa, en el primer momento se decidió por la muerte.

—Si me mato, ese miserable será capaz... ¡Oh no! Lo mejor es hacer creer que me presto a servirle—se dijo.

Transcurrieron los cinco minutos y *él* volvió a presentarse. Andrés había roto el recibo de su deuda, lo que equivalía a prestar su conformidad a los planes del personaje misterioso.

—Estamos pues de acuerdo. Ahora mucho cuidado con traicionarme.

A la mañana siguiente, Andrés llegaba a París presentándose al Príncipe Miguel, que ya lo esperaba para



A la mañana siguiente, Andrés llegaba a París, presentándose al príncipe Miguel...

emprender el viaje a Sagossa.

El, al mismo tiempo, daba instrucciones a sus aliados.

—Salimos hoy a medio día—les dijo.

Luego acercándose a una mujer, añadió:

—Emplearás todos los medios que estimes conve-



—¡Desgraciado!—le dijo—¿Qué ha hecho usted? ¡Besar a la prometida del Príncipe! ¡Es un delito de alta traición!

niente para conseguir que el Príncipe interrumpa su viaje y te acompañe al Castillo de Molin.

Camino de Sagossa, el Príncipe Miguel y el ayudante de su hermano, solos en un departamento, hablaban de Adda.

Entró una mujer, que los ojos del Príncipe detallaron en seguida encontrándola apetecible. Era la enviada de él para detenerlo. La mujer sentóse frente al Príncipe.

—¿Vá usted muy lejos, señorita?—le preguntó el Príncipe Miguel.

—Me dirijo al Castillo de Molin... Soy la sobrina del vizconde de Charolle, el propietario del Castillo.

—¿El vizconde de Charolle?... No recuerdo.

—No hago el viaje por mi gusto—añadió ella— ¡Tiene tan mala fama el Castillo! He oído decir que todas las noches lo visitan toda clase de duendes y los fantasmas más estafalarios.

—¿Qué opinas tú?—preguntó el Príncipe al Conde Andrés—. ¡Un castillo con fantasmas! Debe ser el único que queda.

En seguida dirigiéndose a su compañera de viaje, preguntó:

—¿Es hospitalario el vizconde de Charolle?... Me gustaría pasar una noche en Molin.

—¡Pero Alteza, olvidáis que nos esperan y que no podemos interrumpir el viaje!—advirtió Andrés.

El Príncipe Miguel no hizo caso de la advertencia del Conde, y como la desconocida se le mostrase agradecida de su acompañamiento, determinó seguirla al Castillo.

Ya era entrada la noche cuando llegaron a Molin. Salieron a recibirlos los criados del Vizconde de Charolle. Subieron a las dependencias superiores, y la mirada de Andrés adquirió una terrible fijeza al reconocer en

tre los moradores del Castillo al hombre a quien le ligaba una terrible promesa.

Horas más tarde, después de la colación de la noche, el Vizconde de Charolle acompañó al Príncipe y a su sobrina a las habitaciones que les había destinado, mientras él hacía lo mismo con Andrés.

—Me ha prometido usted oír, ver y callar—le dijo él, que le había sido presentado con el nombre del Conde de Espyn con el que le conoceremos de aquí en adelante.

Se detuvieron ante una puerta.

—¡Si le sucede algo al Príncipe... lo mato a usted!—amenazó al Conde de Espyn.

A media noche comenzaron a hacerse unos extraños preparativos en el Castillo. Unos hombres subían una barrica por unas escaleras y la arrojaban desde la altura de un rellano.

El ruido sobresaltó a Andrés. Su espíritu, trabajado por el temor, dió un instante albergue al miedo. Logró rehacerse y corrió hacia la alcoba del Príncipe.

—Pronto, Alteza... ¡Huyamos! ¡Vuestra vida peligr!

Había tal pavora en su actitud, que el Príncipe apresuróse a seguirlo. A golpes en las sombras atravesaron muchos corredores. De pronto cayó un tabique perpendicularmente y el Príncipe y Andrés quedaron separados.

El Conde de Espyn presentóse entonces amenazando a Andrés con su revólver.

—¿Es así como cumplís la promesa que me hicisteis?—le preguntó.

Oyóse del otro lado la voz del Príncipe.

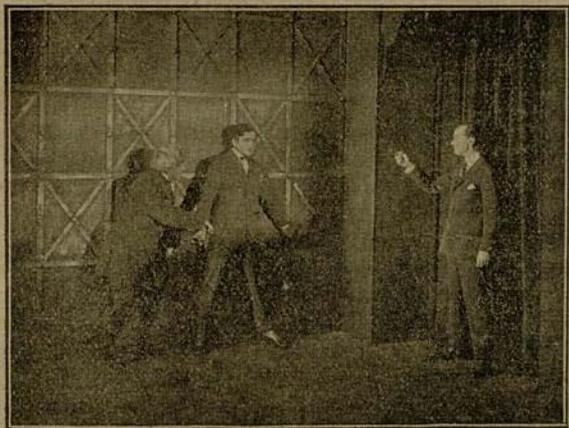
—Andrés, sé razonable...

—Por última vez—afirmó el Conde de Espyn—. Si-

game usted. El Príncipe no abandonará el Castillo mientras yo no consiga mi objeto.

—Obedece— volvió a rogar el Príncipe—. Yo me quedaré y procuraré distraerme como pueda... Dile a Adda que no se impacienta.

Andrés renunció a toda resistencia y se dispuso a acompañar al hombre extraño que le había comprometido a obedecerle bajo palabra de honor.



El Conde de Espyn presentóse entonces amenazando a Andrés con su revólver.

—Dentro de pocas horas—le dijo el Conde de Espyn—se celebrarán mis esponsales con Adda Ferrón.

Un momento Andrés alimentó la idea de librarse de aquel hombre que constituía un peligro para la mujer que amaba.

—Desde este instante—añadió Espyn—procure obe-

decirme en todo y por todo... ¡Soy el Príncipe Miguel de Sagossa!

Y Andrés, sin fuerzas para resistir, comprendiendo que lo mejor sería simular obediencia, inclinó la cabeza sobre su pecho y siguió al Conde de Espyn.



—Desde este instante, procure obedecerme en todo y por todo. ¡Soy el Príncipe Miguel de Sagossa!

III

El dolor de Adda por el fracaso de sus ilusiones la puso enferma. Una depresión moral se apoderó de su ánimo, y tendida en su lecho blanco de doncella, la jo-

ven dejaba pasar las horas, puesto el pensamiento en Andrés y siempre con el temor de que el Príncipe llegase.

Su padre se indignaba contra esta enfermedad tan inoportuna.

—¡Se acabó, Adda! No estoy dispuesto a que sigas enferma... El Príncipe debe llegar de un momento a otro—le dijo.

Ella contuvo su angustia y miró a Ferrón con ojos dosolados.

—¡Qué estúpidas son las mujeres!—clamaba el rey de la alfalfa. ¡Hasta tienen nervios! ¿Para qué los querrán como no sea para fastidiar?

—Señor, el Príncipe—anunció un criado.

Ferrón salió corriendo y se deshizo en saludos delante del prometido de su hija. Al Príncipe lo acompañaban una señora y el Conde Andrés, que luchaba consigo mismo sin saber qué hacer. El Príncipe los presentó.

—Mi hermana, la Princesa Julia, que ha hecho el viaje expresamente para conocer a Adda y asistir a nuestra boda...

Señaló al Conde y añadió:

—A mi ayudante creo que ya lo conocéis.

Ferrón tuvo un gesto de desagrado y dijo:

—Mi hija se encuentra ligeramente enferma, pero estará bien para la fiesta de mañana.

La llegada de los Príncipes produjo en Adda una doble impresión; de alegría por la esperanza de ver a Andrés y de temor porque ello significaba su matrimonio con un hombre al que no amaba.

—Quiero verle—le dijo a su señorita de compañía—. Necesito hablarle... Busca la manera de que podamos darnos una cita.

Se presentó un criado y anunció:

—Su Alteza la Princesa Julia.

Adda acababa de vestirse e hizo un esfuerzo sobre sí para sonreír a la hermana de su prometido.

—Me parece que estáis triste—le dijo cariñosamente la Princesa.

—No estoy bien—explicó Adda.

—¿Es que no os agrada vuestro enlace con mi her-



—Quiero verle—le dijo a su señorita de compañía.—Necesito hablarle... Busca la manera de que podamos darnos una cita...

mano?

Adda no contestó.

—¿Por qué no me concedéis vuestra confianza? Yo quisiera que vieseis en mí, no la hermana de vuestro prometido, sino a una amiga.

Eran tan acariciadoras las palabras de la Princesa

Julia, parecía tan sincera, que Adda estuvo a punto de revelarle la verdad de sus sentimientos.

El Príncipe, al mismo tiempo, poco seguro de Andrés, pensó defenderse diciéndole a Ferrón:

—Tengo que hacerle una advertencia...

El rey de la alfalfa abrió, desorbitándolos, sus ojos, para no perder ninguno de los gestos de su Alteza, que añadió:

—No se preocupe si el Conde se lanza por el camino de los despropósitos. El pobre desde que se enamoró de su hija no está bien de la cabeza.

La señorita de compañía, de acuerdo con Adda, buscó al Conde y lo condujo a las habitaciones de su señorita.

Al verse Adda y Andrés se precipitaron uno en los brazos del otro. No habían vuelto a encontrarse desde que se hicieran su promesa de amor en Santo Tomás, y todas las palabras que callaron hasta entonces, todos los besos contenidos, asomaron a sus labios queriendo calmar la pena de sus almas en desamparo.

—¿Me quieres todavía?... Dímelo muchas veces— pidió él.

—¡Seré tuya o no seré de nadie!—afirmó Adda.

—Espérame un instante.

—¿A dónde vas?

—Espérame... Pronto sabrás lo que voy a hacer.

El cariño de Adda despertó en Andrés su energía y corrió a encontrar al Príncipe para desenmascararlo delante de Ferrón.

—¡Señor Espyn, ha concluído la farsa!

El rey de la alfalfa miró compasivamente al Conde, de quien el Príncipe acababa de decirle que estaba loco.

—Ese hombre que se hace pasar por el Príncipe Mi-

guel de Sagossa—añadió Andrés—, sólo es un impostor.

—¿Lo vé usted?—comentó el Príncipe—. Ya le ha dado el ataque.

Fuera de sí, ante la infamia del falso Príncipe, Andrés se arrojó sobre él. Dió voces Ferrón, acudieron sus criados y se llevaron al Conde.

En tanto, el prisionero del Castillo de Molin cumplía



—Ese hombre que se hace pasar por el Príncipe Miguel de Sagossa—añadió Andrés—, sólo es un impostor.

lo que prometiera a Andrés de pasar el tiempo que durase su cautiverio lo mejor posible, haciéndole el amor a la sobrina del Vizconde de Charolle.

—Créanme—les decía a sus guardianes—; encuentro mi prisión muy agradable... No tengo el menor deseo de abandonarla.

Y el Conde de Espyn, que lo había suplantado, escuchaba entonces a su futuro suegro.

—Me he permitido, de acuerdo con las cláusulas del contrato de esponsales, enviar el anticipo de la dote a vuestro augusto hermano el Príncipe Alejandro II de Sagossa.

La Princesa Julia procuraba, por su parte, animar a Adda.

—Tomarse los dichos—deciale—no es casarse. Le aconsejo que no se obstine en la negativa por su propio interés.

Aquella noche se celebraba el banquete de esponsales.

A la hora de los brindis Adda desapareció de la mesa. Minutos antes, el ayuda de cámara de Ferrón, había entrado en la sala donde el Conde Andrés estaba vigilado, llevando una bandeja con licores en los que puso un fuerte narcótico.

—Su Majestad el rey de la alfalfa, Augusto Ferrón I, os invita a que bebáis a la salud de los novios.

Bebieron hasta hartarse los guardianes de Andrés y poco después, uno tras otro fueron cayendo dormidos.

El Conde, viendo la puerta abierta, salió.

En aquel instante, el Príncipe se acercaba a Ferrón, y entre la admiración de los invitados y la complacencia llena de orgullo del padre de su prometida, le dijo:

—Mi noble hermano os otorga el título de Conde y os concede la condecoración del Elefante Blanco, en premio a los altos servicios que habéis prestado a Sagossa.

Ferrón miró la condecoración que el Príncipe había prendido de su solapa y preguntó:

—Mi hija no me ha felicitado aún... ¿Dónde está?

Un criado llegó corriendo y dijo:

—¡La señorita se ha fugado con el Conde Andrés!

Como una parodia, a la misma hora, en Molin se celebraba también el banquete de esponsales del Príncipe Miguel con la sobrina del Vizconde de Charolle.

Adda y Andrés, que habían podido fugarse gracias a un complot organizado por las mujeres servidoras del palacio de Ferrón, huían, buscando refugio en la casa de un guarda-bosque.

Yo me quedo aquí—dijo Adda al guarda—mientras el Conde Andrés se encarga de descubrir la verdadera personalidad del que suplanta al Príncipe Miguel de Sagossa.

En el palacio de Ferrón, el rey de la alfalfa lanzaba sus gritos más potentes contra su destino.

—¡Qué desgracia!... ¡Fugarse con un loco!

—La culpa es de usted, por no haberla vigilado mejor—le reconvino Espyn.

Antes de partir hacia el Castillo, Andrés buscó en Adda fuerzas para cumplir su deber.

—Es necesario, Adda.

—Si traes al Príncipe eso equivaldrá a renunciar a mí y a arrojarme en sus brazos—dijo ella.

—Yo prometí conducir al Príncipe a vuestra casa y respondo de su vida... Además él será quien desenmascare a ese miserable.

Ferrón, que había hecho sonar todos los teléfonos de su casa para descubrir el paradero de los fugitivos, lanzó un grito de triunfo.

—¡Príncipe, ya están!—exclamó—. Me dicen que se encuentran en el pabellón de caza.

—¿No se burlarán de usted?—preguntó el Príncipe.

—He reconocido la voz del guarda-bosque... Corro a buscar a mi hija...

La Princesa Julia se interpuso en su camino.

—Permitame que sea yo la que vaya a buscarla.

—Como queráis, Princesa.

Era aquella hora la del regreso triunfal del Príncipe Alejandro II a su residencia entre las aclamaciones de su pueblo, al que el anticipo de la dote de Adda había librado de la miseria.

—¡Qué acierto el tuyo, amigo Einstein, al aconsejarme como lo hiciste!—le dijo el Príncipe al arbitrista a la entrada de palacio, mientras los sagossanos lo aclamaban.

Einstein al lado de su Alteza, sonreía satisfecho.

—Mañana—añadió el Príncipe—partiremos para asistir a la boda de mi hermano.

El Conde Andrés llegaba entonces al Castillo de Molin y hallaba al Príncipe muy contento de su prisión cerca de la sobrina del Vizconde de Charolle.

—Acércate, Andrés... Quiero presentarte a mi prometida.

—¿Cómo a su prometida?

—Si, hombre, a mi prometida... a nuestra linda compañera de viaje.

Andrés no salía de su estupor. Y análogo asombro experimentaba en aquellos momentos la hija del rey de la alfalfa viendo aparecer a la Princesa Julia, quien la animó a que la siguiese.

—Tenga absoluta confianza en mí... Yo le aseguro que nadie turbará el cariño que usted siente por Andrés.

—¿Y cómo puede ser eso posible si mi padre quiere casarme con el Príncipe?—preguntó Adda.

—No importa. Hágame usted caso y vuélvase conmigo a casa de su padre.

Adda aceptó las seguridades que le ofrecía la Princesa Julia, como Andrés en Molin aceptaba las que

le daba el Príncipe de seguirlo y desenmascarar a Espyn.

De vuelta en su casa, Adda tuvo que oír las recriminaciones de su padre.

—Mañana será la boda. Si no quieres hacerme perder tu dote, y que me desacredite a los ojos del mundo, procura no hacer tonterías.

En la noche de aquel día, cuando todos los servidores de Ferrón se entregaron al descanso, los falsos príncipes abandonaron el palacio dejando una carta escrita despidiéndose del rey de la alfalfa.

Llegó la mañana en que debía celebrarse la ceremonia del enlace. Alejandro II y su esposa acababan de presentarse en palacio. La novia, vestida con los blancos velos de la desposada, perdidas todas sus esperanzas, sentía cómo le lloraba el alma.

—¿Y mi hermano? ¿Dónde está?—preguntó el Príncipe Alejandro.

—Decidle a Su Alteza que lo esperamos—ordenó Ferrón a sus criados.

Los servidores del rey de la alfalfa recorrieron todas las habitaciones sin hallar al Príncipe. Una hoja de papel blanco, colocado sobre la armadura de un guerrero, atrajo su atención. La leyeron y corrieron a llevársela a su amo. Temblándole la voz, Ferrón leyó:

«Agradecido a su hospitalidad y a la dote de su hija sólo me cumple, antes de marcharme, darle las gracias Espyn».

El multimillonario llevóse las manos a la cabeza.

—¡Ay, qué bandido! ¡Cómo me engañó!

De pronto apareció Andrés acompañando al Príncipe —Aquí está—dijo presentándolo—el Príncipe Migue de Sagossa.

Todos los ojos se volvieron hacia ellos.

—¿Se ha vuelto usted loco, Andrés? Ese no es mi hermano—declaró Alejandro II.

Por la misma puerta que diera paso al Conde Andrés y al que él suponía el Príncipe Miguel, entraron el Conde de Espyn y la Princesa Julia.

Alejandro se dirigió a ellos y abrazó a Espyn.

—¡Miguell ¡Hermano mío!

Ferrón, Andrés, Adda y los invitados miraron al que acababa de entrar, al fugado de la noche anterior, y se miraron unos a otros sin comprender lo que sucedía.

Espyn avanzó unos pasos y dijo:

—Debo a ustedes una pequeña explicación, por lo que les ruego que me escuchen unos instantes.

Se hizo el silencio y Espyn habló:

—Un día, hallándome en mi residencia de París, recibí un telegrama de mi hermano diciéndome que era necesario salvar a mi Patria, para lo cual yo debía casarme con la hija de un multimillonario... Precisamente un mes antes había contraído matrimonio...

El Príncipe señaló a la Princesa Julia que le acompañaba y prosiguió:

—Dispuesto a todos los sacrificios para salvar a mi país, llegué a Sagossa y supe por la madre del Conde Andrés que éste se hallaba enamorado de la que era mi prometida....

A medida que el Príncipe hablaba, crecía el asombro de sus oyentes.

—...Concebí entonces un plan para el que necesité la ayuda de unos cuantos amigos...

El Príncipe señaló al que hiciera de Vizconde de Charolle y de guardianes de su suplantador.

—... y de unos cuantos actores.

El Príncipe señaló al que Andrés había supuesto el

Príncipe Miguel y a la fingida sobrina del Vizconde de Charolle.

—Y lo demás... ya lo saben ustedes. Conseguida la dote que mi pueblo necesitaba, decidí descubrir la verdad...

—De todo esto—interrumpió Ferrón—lo único que saco en consecuencia es que ustedes se han burlado de mí.

—No—se apresuró a decir el Príncipe Miguel—, el título de Conde y la condecoración son legítimos.

Esta noticia atenuó la amargura de Ferrón, a quien se acercó su hija y con su voz más insinuante le dijo:

—Y ahora, padre mío, ¿seguirás oponiéndote a que sea mi esposo el hombre que mi corazón eligió libremente?

El rey de la alfalfa sonrió y el Conde Andrés y Adda se buscaron con los ojos y se dieron la alegría de encontrarse y de descubrirse el inmenso amor que unía sus almas.

Einstein creyó entonces oportuno intervenir en beneficio de Sagossa y preguntó a Ferrón:

—¿La dote permanece siendo la misma, señor Conde?

Ferrón miró de arriba abajo al arbitrista, gustó el placer de oírse llamar Conde y repuso:

—El Conde Augusto de Ferrón sólo tiene una palabra, señor mío... ¡La dote sigue siendo la misma!

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido á la previa censura militar

Talleres Gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 — Tarrasa

PRÓXIMO NÚMERO:

Una mujer como otra cualquiera

deliciosa comedia sentimental interpretada por
la gentil MAE MARSH.

¡RUIDOSO ÉXITO!

Postal-fotografía: BESSIE 'LOVE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles.

Precio, 25 céntimos.

Acontecimiento literario cinematográfico

El día 15 del corriente mes
aparecerá el número 1 de la nueva
e interesantísima biblioteca

"Colección de Obras Maestras"

compuesta de las mejores novelas de maestros
inmortales llevadas a la pantalla.

¡Lo nunca visto! ¡Revolución editorial!

Primera obra, ilustrada con numerosas fotografías:

Ferragus (Los Trece)

Idea maravillosa, de éxito asegurado, sin rival.

Precio popular: UNA PESETA.